



La reina de las nieves

Valentía, Amistad

Un cuento de hadas de Hans Cristian Andersen sobre la lucha entre el bien y el mal.

Los pedazos del espejo del Diablo, que convierten a una persona en un ser sin corazón, golpean a un niño llamado Kai. Un día desaparece y acaba en el Palacio de Hielo de la Reina de las...



🕒 20 min

😊 5+

Nuestra historia comienza hace mucho tiempo, cuando el Diablo aún era joven y se dedicaba a crear **cosas malvadas por diversión**. Un día, creó un espejo extraño. Parecía bastante común, pero en realidad escondía mucha maldad en él. Quien lo mirara solo vería la maldad del mundo. Y lo que es peor, llenaría su corazón de oscuridad y eso haría al mundo un lugar peor.

El astuto Diablo amaba su nueva creación y quería que la mayor cantidad posible de gente la mirara. Solo imaginaba guerras y odio en su cabeza. Obsesionado con la idea, hizo volar el espejo hacia el cielo. Su plan, por supuesto, era que cualquiera que mirara hacia el cielo lo viera, pero cuanto más alto volaba, más pesado se volvía el espejo. Pronto no pudo sostenerlo más y se le escapó de las manos. Cayó al suelo y se rompió en **un millón de pedacitos**.

Parte del espejo cayó sobre un pequeño pueblo donde vivían dos grandes amigos: un niño llamado Kai y una niña llamada Pietra. Vivieron muy juntos toda su vida y eran simplemente inseparables. Jugaban juntos todo el día, compartían secretos y, lo mejor de todo, cuidaban su **pequeño jardín**.

La fría mañana de invierno después de que se rompió el espejo, Kai y Pietra estaban jugando con bolas de nieve. A pesar de que hacía mucho frío, se rieron y jugaron y la alegría de una buena pelea de bolas de nieve los calentó. Después de un rato, Pietra corrió a otra parte del jardín para conseguir nieve fresca, hizo una bola de nieve y se la arrojó a Kai. No sabía que había pedazos del espejo del Diablo en él, y tan pronto como la pelota lo golpeó, la sonrisa en su rostro desapareció. Miró a Pietra **con mala cara y dijo**:

— Hace muchísimo frío, me voy a casa. Ya no me gusta jugar contigo —giró sobre sus talones y se fue.

— ¡Kai, espera! —gritó Pietra. —¡Lamento haberte golpeado! Tomemos chocolate caliente en mi casa. ¡Sabes que lo amas! —pero él no se dio vuelta. Ella pensó que él debía estar enojado con ella por la última bola que le había lanzado. ¿Había estado demasiado helada? Estaba muy **triste y confundida**. Nunca se habían peleado y no podía dejar de pensar en lo que había enfadado tanto a su amigo.

Pasó mucho tiempo y Kai todavía no hablaba con su amiga. Sus palabras diciendo que ya no quería jugar con ella, habían herido profundamente a la niña. Ella estaba confundida.

Un día, escuchó a los padres de Kai hablando con los suyos.

— Ha estado actuando de manera muy extraña e indiferente —dijeron. — Es como si fuera una persona completamente diferente.— Pietra empezó a sospechar algo, pero no había manera de descubrir la verdad. Todavía no la dejaba acercarse a él.

Unos días más tarde, los otros niños del pueblo hicieron una carrera de trineos. Kai se unió a ellos, arrastrando su trineo hasta la cima de la colina y descendiendo rápidamente. Un grupo de niños que estaba cerca planeaba atar sus trineos al primer carruaje que pasara. Estaban discutiendo sobre quién debería hacerlo. Kai los escuchó y se ofreció como voluntario, diciendo que no había nada en el mundo que pudiera asustarlo.

El mismo Diablo debía estar moviendo los hilos de esta broma, porque el primer carruaje pertenecía a **la Reina de las Nieves**. Ni siquiera era un carruaje, era un enorme trineo helado, adornado con nieve y arrastrando tras de sí nubes heladas. Por donde pasaba la Reina de las Nieves, todos sentían un escalofrío terrible. Los otros niños se asustaron inmediatamente y huyeron, pero Kai, con confianza, corrió hacia él con su trineo y lo agarró por detrás. Una repentina ráfaga de viento helado lo envolvió por completo y el trineo **se detuvo**. La Reina de las Nieves salió del carruaje y se acercó al niño.

— Debes estar helado —dijo. —Deja que te ayude.— Ella lo besó en la frente y el niño dejó de sentir frío.

— ¿Ves? Ya estás mejor. Ahora déjame besarte una vez más y te olvidarás de todas las personas que amas.

Kai no tuvo tiempo de resistirse antes de que los labios de la reina tocaran su frente nuevamente. Y, en un abrir y cerrar de ojos, se olvidó de todo. Sus padres, sus amigos, Pietra... ya no recordaba a ninguno de ellos.

— Eso es suficiente por ahora —dijo la Reina. —Un tercer beso te mataría. Ahora ven aquí y siéntate a mi lado.— Subió al carruaje profundamente encantado por la reina, y ella **lo envolvió en pieles**.

En ese mismo momento, Pietra sintió que algo andaba mal. Kai no estaba a la vista y un escalofrío recorrió su espalda. Descubrió que, al igual que ella, nadie lo había visto. Desapareció por completo y nadie supo si se había escapado, si estaba perdido o si alguien lo había secuestrado.

Los habitantes del pueblo incluso pensaron que se había ahogado en el río. Pietra no lo creyó, pero de todos modos fue al río caudaloso. Ella fue a buscarlo aunque él no parecía necesitarla.

— Dime, río ¿fuiste tú quien se llevó a Kai lejos de mí? —ella preguntó.

— Puedo darte mis botas si me dices dónde está él.

Pietra **arrojó las botas** al río y esperó una respuesta, pero no llegó ninguna y fue a buscarlo a otra parte.

— Oh Kai, ¿dónde estás? —dijo Pietra, abriéndose camino a través de los bosques nevados.

— Caw, caw —de repente chilló **un cuervo a su lado**. — Sé dónde, sé dónde.

El pájaro negro voló y se posó sobre su hombro.

— ¿Sabes? Bueno, ¿dónde está? —preguntó ansiosamente.

— Con una anciana, una anciana. En una casa con un gran jardín, un gran jardín.

— ¡Gracias, gracias! —Pietra gritó de alegría.

— Cuando cruces el bosque, caw caw, será el segundo pueblo al que llegues, **caw caw**.

Pietra caminó y caminó durante lo que le parecieron siglos, hasta que finalmente pasó el primer pueblo y entró al segundo. Cuando llegó al final, vio una casa grande en medio de un gran jardín. Aunque era invierno, el jardín estaba tan exuberante y verde como si fuera verano.

Pietra se armó de valor y **llamó a la puerta**. Una señora mayor abrió la puerta y la invitó a pasar. Pietra le contó todo, esperando encontrar a Kai en la casa. Se sintió muy decepcionada al saber que la mujer nunca había oído hablar del niño. ¡El pájaro debió haberla engañado!

— ¿Cómo es posible que las flores de tu jardín florezcan incluso en invierno? —preguntó Pietra mirando el jardín por la ventana.

— Las cuido bien y hablo con ellas a menudo —dijo la mujer. — Les gusta hablar. ¿Por qué no echas un vistazo más de cerca? Recuerda saludar.

La mujer no tuvo que preguntar dos veces. La niña salió corriendo, emocionada, pensando en todos los momentos que pasó con Kai en el jardín, cuidando sus propias rosas. Luego se arrodilló para oler una de las pequeñas flores rojas.

— Hola —dijo. —Todas ustedes son muy hermosas.

— ¡Corre, niña! —respondieron las rosas. —La bruja te atraparé aquí para siempre si no te vas ahora mismo.

— ¡Pero tengo que encontrar a mi amigo! —dijo Pietra. — ¡No sé adónde ir!

— Ve al norte —susurró la rosa. —Puedes encontrar a tu amigo allí.

La florecita parlante parecía decir la verdad y Pietra decidió **confiar en ella**. Tomó su abrigo y caminó rápidamente hacia la puerta.

— ¿A dónde vas, querida? ¡No hay necesidad de tener prisa!— La mujer la agarró del brazo y empezó a arrastrarla de regreso a la casa. Pietra logró liberarse y huyó lo más rápido que pudo. — Gracias, pequeña rosa —susurró.

Pietra caminó y caminó, dirigiéndose hacia el norte y gritando el nombre de Kai cada vez que podía. Un día, un zorro ártico escuchó sus gritos.

— ¿Estás buscando a alguien? —preguntó.

— Sí, por favor ayúdame, estoy buscando a mi amigo Kai.

— ¿Cómo es él? —**preguntó el zorro**, y Pietra lo describió.

— ¡Pero eso suena igual que nuestro príncipe! —dijo el zorro. — Ven conmigo, te llevaré al palacio.

El zorro blanco empezó a correr no muy rápido, y la niña, congelada hasta los huesos, lo siguió lo más rápido que pudo. Recordó al cuervo traicionero y dudó si podía confiar en el zorro, pero no tenía otra opción.

No pasó mucho tiempo antes de que se encontraran frente al enorme palacio. Cruzaron la puerta en silencio, subieron a un barandal y miraron **por la ventana**. Vieron a un niño adentro, pero les daba la espalda. El niño tenía cabello castaño rizado y se parecía a su amado Kai.

— ¡Ese es Kai! —ella gritó de alegría. El príncipe y la princesa, que también estaban allí, la oyeron y se dieron vuelta. Fue entonces cuando Pietra se dio cuenta de que no era Kai y su corazón se hundió.

La familia real rescató a la niña del balcón, la envolvió y la calentó junto al **chispeante fuego**. Eran personas muy amables y le dieron de comer mientras ella les explicaba por qué fue hasta allí. Sintieron mucha pena por ella y ofrecieron prestarle el carruaje real dorado para ayudarla en su búsqueda.

Una vez más, ella emprendió el viaje. Pasó muchos días en el carruaje, pero Kai no estaba por ningún lado.

Una noche, una bandida robó el carruaje de Pietra y la encerró en una casa cercana.

La bandida era una señora que vivía en una lamentable choza con solo un reno afuera para **hacerle compañía**. Cuando robó el carruaje, pensó que pertenecía a un príncipe, a un duque o a alguien con mucho dinero. No esperaba encontrar una niña. Ella se sentía muy sola y pronto empezaron a hablar. Pietra le contó todo acerca de cómo se propuso encontrar a su amigo perdido.

La mujer se sintió muy mal por la niña, pero aun así no quería devolver el carruaje.

— Yo llevaré tu carruaje —dijo. — Vender esto me alimentará durante un año. Pero puedes llevarte mi reno y te dejaré quedarte con tu abrigo y tus guantes. Mi reno te llevará con una bruja sabia que conozco en las montañas. Creo que sabrá dónde encontrar a tu amigo. Ella sabe todo.

Pietra le agradeció por dejarla ir, montó en el reno y cabalgó como el viento **hacia el norte**.

Cuando llegó a la cabaña de la bruja, la mujer la estaba esperando en la puerta como si ya supiera que vendría.

— Querida hija, haces bien en buscar a tu amigo —dijo la bruja. — Está bajo el hechizo de la malvada Reina de las Nieves. Hay rumores al respecto **por todos lados**. Kai se convertirá en su sucesor. Debes darte prisa si quieres salvarlo antes de que sea demasiado tarde.

Decidieron que Pietra se marcharía al día siguiente y, cuando ella se quedó dormida, la mujer habló con el reno.

— ¿Conoces el camino al Palacio de Hielo? —le preguntó.

Él asintió y dijo: — ¿No puedes ayudarla? ¿No puedes darle la fuerza para vencer a la Reina de las Nieves?— Temía por la niña.

— ¿No ves lo fuerte que ya es? —preguntó la bruja. — Ella llegó hasta aquí sola. Ella no necesita más poder. Solo puedo mostrarte el camino. Tiene un corazón bueno y puro, y ese es el poder más grande del mundo.

Cuando Pietra despertó, la mujer le dio una mochila con comida y le dijo: —Deberías irte ahora, no tienes mucho tiempo. El reno sabe adónde ir, así que quédate con él.

— Gracias por todo —dijo Pietra. — Por favor, reza por mí.— Y luego se subió al lomo del reno y juntos corrieron hacia el Palacio de Hielo. Cuando llegaron a la puerta, el animal la soltó y se escondió detrás de un gran muro para esperarla.

Pietra entró en el palacio e inmediatamente se encontró en una sala colosal hecha enteramente de hielo. En medio del salón vio a Kai sentado en un poderoso trono donde solía sentarse la Reina de las Nieves. Estaba sumido en sus pensamientos, moviendo trozos de hielo frente a él, **simplemente mirándolos**.

¡Pietra estaba tan feliz de haberlo encontrado finalmente! Ella corrió hacia él, llena de alegría, y le dio un fuerte abrazo.

— Sabía que te encontraría —susurró. — Kai, te extrañé mucho.— Pero Kai ni siquiera la miró. Sus ojos vacíos continuaron mirando el hielo frente a él.

Cuando Pietra se dio cuenta de que su amigo ni siquiera se había fijado en ella, **se echó a llorar**. Lloró y lloró, y sus lágrimas cayeron sobre el pecho de Kai y derritieron la corteza helada que la Reina de las Nieves había construido alrededor de su corazón.

— ¿Pietra? ¿Eres tú? —preguntó Kai como si estuviera despertando de una terrible pesadilla. ¡No podía creer lo que veía! De repente recordó todo. ¡Se sintió tan mal por cómo trató a su amiga! Él también comenzó a llorar y sus lágrimas lavaron sus ojos, eliminando los efectos del Espejo del Diablo.

Kai y Pietra salieron juntos del Palacio de Hielo y encontraron al reno, quien estaba extasiado al descubrir que la niña estaba a salvo y que había salvado a

su amigo. De camino a casa, se detuvieron en la cabaña de la bruja sabia, en la cabaña de la bandida y en el gentil palacio, agradeciendo a todos desde el fondo de sus corazones. El viaje de regreso fue muy largo y cuando finalmente llegaron ya era primavera.

Pietra y Kai nunca dejaron de **ser amigos**. Kai volvió a ser feliz, y durante años se sentaron en su jardín, recordando su gran aventura, riendo y, por supuesto, hablando con sus rosas, pues todos sabemos que **las rosas también aman conversar**.